

go Macabeo, en el trance en que nos hallamos, que me causan mucho asombro. Es la primera el que se me haya buscado para ir adonde vamos; y la segunda, que tú, con el juicio que tienes formado de mí, te hayas atrevido á llevarme el recado y acompañarme en noche tan infernal por sitios como éste. Pensando como tú piensas, ¿te parece que se necesita poco valor para hacer lo que estás haciendo?

—Yo no hago más que cumplir con mi deber, señor, y se estima la alabanza. Pero aun que usted no se equivocara en el pensar de mí como piensa... y cuente que se equivoca en más de dos tercios, ya le tengo dicho que en agarrándome yo á ésta...

Y volvió el espolique á formar la cruz con los dedos y á mostrársela al de á caballo, iluminada por la mortecina luz del farol.

—No te canses, Macabeo — díjole el otro sonriendo, — que no estornudo aunque me enseñes las cruces á puñados.

—Pues téngase firme—replicó Macabeo deteniéndose de pronto y casi arrastrando el farol por el camino, — que sin cruces ni conjuros puede usted irse por este derrumbadero abajo. ¡Pues dígame que se ha llevado el agua medio sendero!... ¡Y que no hay altura que digamos!... Por aquí mesmamente se esborregó el otro mes la jata de la mi vecina... Ni el cuero

se aprovechó, que como criba se puso antes de llegar al río... Échese lo más que pueda hacia el ribazo... Así... Fortuna que hay farol, y el viento no alcanza aquí, que si no, no es el hijo de mi padre el que le deja pasar sin apearse.

—Pero ¿cuándo se acaba este camino de cabras?—preguntó el caballero después de salvar el mal paso.

—Poco nos queda ya de él, señor. Salvo tropiezo que no es de esperar, en diez minutos llegamos á la salida. Después tomamos á la derecha; luégo la carreruca de un can, y aticuenta que estamos en casa.

—Nunca tan larga como esta noche me ha parecido la Hoz.

—Es motivao á la nube, créalo usted, y á la espera que tuvimos detrás de la peña. Pero, gracias á Dios, el trueno ya está lejos, el viento calmándose, y de agua, ni pizca.

—Ocasión de perlas, amigo Macabeo, para que me cuentes cómo se obró el milagro de que esas almas piadosas se acordaran de este pecador impenitente, que diez años hace no se trata más que con su sombra y su conciencia.

—¡Qué milagro ni que caráspitis, hombre! —repuso Macabeo sin dejar el trotecillo que llevaba delante del jamelgo.—La cosa vino rodando por sí misma. Es la pura verdad, y no se ofenda: que de usted se digan aches ó

erres, como de cada hijo de vecino, ó un poco más si á mano viene, no quita que al hombre de saber se le tenga en lo que vale. El caso apuraba, créalo usted... El otro, aquí que naidé nos oye, y esto no sea para ofenderle, á mi modo de ver no sabe andar más que en un carril... Allá tiene su aquel treinta años hace, y lo mesmo lo arrima al hígado que al bazo. Para mí, salvo mejor pensar, no sabe jota de los libros que andan hoy.

—¿Y quién os ha dicho que yo sepa más?— preguntó el encapuchado.

—Voces que han corrido desde que usted bajó á estas tierras.

—No será por los milagros que he hecho en ellas.

—Séase por lo que fuere—continuó Macabeo sin dejar de saltar de morrillo en morrillo, buscando lo menos blando y escurridizo de la senda,—la cosa es cierta, según personas que lo entienden; y digo que en lo tocante al otro, hubo quien pensó como le estipulo; y como no faltó quien otorgara, díjose en postre y finiquito: «hágase el milagro, y hágale el diablo.» Entonces la señorita doña Agueda... Créalo usted, señor, veinte años tiene escasos, y más de cuarenta se le echaran de estudios, por lo mucho que sabe... Le aseguro á usted que es el remo de aquella casa... Digo que cogió la pluma; y

llorando á glárima viva, porque la infeliz tiene los cinco sentidos puestos en su madre, y lleva ocho días sin desnudarse, ras, ras, escribió la carta que yo entregué á usted en sus manos propias.

—Discreta era la tal carta, y bien sentida.

—¡Le digo á usted que lo hace de perlas, caráspitis! Pues la emperojiló en un santiamén... El miedo de la venturada era que usted dijera que nones.

—Pues mira tú si he sido afortunado la única vez que en diez años no lo he dicho. Ahora, sea usted bueno y caritativo. ¿Qué te parece á tí, Macabeo?

—¡Caráspitis, que no dice usted lo que siente! El mal te pese, que el bien nunca estorba á los ojos de Dios. Con más ó menos recua, arrieros somos todos, que en el mundo nos encontramos; y el bien que aquí se nos cae de la mano porque no nos hace falta, á lo mejor florece donde nos viene de perlas... Pues á lo que le iba, y usted perdone. Escrita la carta, faltaba traérsela á usted. Los buenos andadores no abundan en el pueblo; la nube asomaba por la cumbre de los Milanos... ¡mala señal! el trueno no podía faltar; la noche había cerrado... Pero ¡qué caráspitis! los hombres son para las ocasiones: soy de buen andar, conozco la Hoz como si la hubiera parido; con un farol y un

palo, lo mesmo es para mí el día que la noche; y por último, la caridá es caridá, y si está de Dios que me ha de matar un rayo, igual me ha de caer encima metido en casa que andando á la santimperie... Y ¡caráspitis! vivos estamos á la presente, y con el recado á medio hacer.

—Cuando yo te decía, Macabeo, que eres todo un valiente...

—Hombre, tanto como valiente, no digamos; pero leal y agradecido al pan, ya es otra cosa.

—Por las trazas, ¿eres sirviente de esas señoras?

—Punto menos que si lo fuera. Mi padre y mi madre de su pan comían, porque sus tierras trabajaban; y yo, al amparo de ellos, no salía de aquella casa. Muriéronse los buenos de Dios, y la plaza de entrambos la ocupo yo solo.

—¿Qué familia tienes?

—Ni padre ni madre, ni perruco que me ladre.

—Pero tendrás quien te ayude...

—Naide. Soy Juan Palomo: yo me lo guiso, yo me lo como.

—¿Viudo, acaso?

—¡Calle usted, señor! soy mozo soltero.

—Vamos, no te hace gracia el matrimonio.

—Lo que es relative á eso, bien me gusta. ¡Caráspitis si me gusta!

—Entonces, ¿para cuándo lo dejas?

—¿Pues qué edá me echa usted?

—A juzgar por las trazas, más de treinta y cinco.

—Cumplílos por Febrero.

—¿De qué año?

—Del que corre, señor; pues ¿de qué otro?... Y sépase que en lo tocante á proporciones, así las he tenido, sin alabanza.

Y esto lo decía Macabeo apiñando los dedos de ambas manos, no sin riesgo de soltar el palo y el farol.

—No lo dudo—dijo el caballero, á quien hacían suma gracia las genialidades del espolique;—basta con verte para presumirlo.

—Sólo que—continuó Macabeo,—á quien le dan á escoger, le dan en qué entender... Pero creo que ahora va de veras.

—¡Hola, hola!

—Sí, señor; lo he pensado despacio, y ¡qué caráspitis! sobre que ha de ser... Porque es pura verdá que la soltería da muy malos ratos... ¡malos!

No obteniendo réplica Macabeo á estas palabras, por estar entretenido el caballero en bajarse la capucha del capote sobre la espalda, continuaron en silencio los dos caminantes un buen trecho. De pronto dijo el de á pie, que indudablemente era comunicativo y locuaz por temperamento:

—Hombre, y aunque sea mala pregunta, ¿qué es del señorito don Fernando? No le he visto un año hace.

—Le espero de un momento á otro,—respondió el de á caballo, acomodándose mejor sobre la silla; pues, por las trazas, le iba molestando no poco la jornada.

—Córrese que es ya un medicazo como una loma.

—Dicen que no lo entiende del todo mal.

—Ya ve usted... el que sale á los suyos...

—¡Adulador!... Y ¿de qué le conoces tú?

—Pues de verle por allá muy á menudo. En eso tiene mejor gusto que su padre. ¡Caráspitis! aunque me diera usted todo lo que tiene, no me pasaba yo la vida, como usted se la pasa, metido en aquel palación, solo que solo, á más de media legua de toda persona humana.

—Amigo Macabeo, nada hay que estorbe tanto como la gente desde que se habitúa uno á la soledad.

—Podrá ser, porque usted lo asegura y al consonante obra; pero no alcanzo á entenderlo... ¡Ea! ya estamos afuera. ¡Gracias á Dios!... Vea usted el río: adentro queriéndose tragar al mundo mientras diluviaba, y aquí le cabe la hacienda en una escudilla... Ahora, por el llano de esta sierra; y á la bajada, Valdecines... Dios quiera que llegemos á tiempo... ¡Buena

señal! Vuélvase un poco á la izquierda, y verá asomar la luna entre nubarrones. Se acabó la ira de Dios por esta noche. ¡Caráspitis! crea usted que si no fuera por el clavo que llevo en el corazón, echaba ahora mismo una relinchada que hacía saltar de la cama á todas las mozas del valle.

—¡Y todavía me negarás que tenías miedo en la Hoz!

—¿Por lo del relincho al salir de ella? Cá, señor; esas ganas me entran á mí siempre que vuelvo á ver á mi pueblo, aunque haga dos horas que falto de él. Pequeñuco y escaso de borona es; pero el demonio me lleve si no me parece el mejor de la Montaña. ¡Qué campanas las tuyas! ¿Pues en lo relative á mozas?... ¡Caráspitis, caráspitis!... Ya verá usted qué verbera de San Juan tenemos... Digo, si no se malogra con la pesadumbre que barrunto.

Mientras hablaba de esta suerte el excelente Macabeo, los dos caminantes atravesaban el llano de la sierra, dejando casi á la espalda la mole de la cordillera, por una de cuyas vértebras, partida por el río, acababan de salir. Los pesados nubarrones comenzaban á disgregarse, y dejaban al descubierto fajas de transparente azul, sobre el que titilaba la luz de algunas estrellas; aprovechábase la luna de las mismas ventanas para lanzar por ellas tal cual rayo

mortecino; y aunque no muy distintos, se dibujaban en el brumoso horizonte los contornos de los montes lejanos. Hasta entonces, desde que entraron en la Hoz, nuestros caminantes no habían visto otra porción del mundo que el pedazo de senda, mal alumbrado por el farol de Macabeo.

Andando, andando, atravesaron la sierra; y como el cielo se iba despejando por instantes, la luna alumbró de lleno el extenso paisaje que desde aquella altura se descubría. Como detalle de él, apareció Valdecines á la bajada de la sierra, con sus casitas diseminadas y medio ocultas entre huertos y arboledas.

—Allí es,—dijo Macabeo señalando con el palo á la más grande de todas, y la única en que se veía la luz por las ventanas.

—¡Ya era hora!—respondió el de á caballo.

Y ambos comenzaron á bajar el suave requeusto que los separaba del lugar.

Pisado habían apenas los morrillos de sus callejones, cuando un perro, habiéndolos olfateado, latió como si le robaran las *cerojas* á su amo; otro respondió en el acto al grito de alarma con más recios ladridos; y otro y otro, y otros cien, en otros tantos rincones del lugar, se unieron al vocerío; y armaron tal baraúnda y alboroto, que el señor de á caballo no las tuvo todas consigo.

—No hay cuidado—díjole Macabeo.— Son moros de paz y amigos que nos saludan. Esto sucede cada noche con cada mosca que se mueve en el pueblo.

—Si están amarrados, menos mal.

—Lo que están es muertos de hambre; y eso es lo que les quita el sueño.

—¿Y por qué están muertos de hambre?

—Por que no comen, señor.

—Ya lo supongo; pero ¿por qué no comen?

—Por que no lo hay en casa.

—¿Cómo viven entonces?

—De lo poco que roban en la del vecino...

Pues, señor, ya estamos acá... Ahora falta que el reventón aproveche. ¡Caráspitis! de pensar lo más malo, me tiemblan las choquezuelas.

Estaban ambos personajes delante de los portones de una ancha corralada, ó, hablando en puro montañés, delante de una portalada.

Llamó Macabeo con el palo, y abriéronla al punto por dentro.

—Santas y buenas,—dijo Macabeo entrando en el corral, mientras el caballero hacía otro tanto sin apearse ni chistar.

Preguntó el primero si había ocurrido alguna novedad particular desde que él faltaba del pueblo; dijéronle que no, y corrió á tener el estribo al de á caballo, que se estaba apeando

ya junto al grueso poste del ancho y primorosamente encachado portalón.

Abrióse al mismo tiempo la puerta del *estragal*, que es el vestíbulo de las casas montañesas, y salió á alumbrar al recién venido una mocetona bien aliñada. Despojóse entonces el caballero del capote y de las polainas, que Macabeo recogió por de pronto, y siguió á la moza escalera arriba. En el último descanso de ella le esperaba, con otra luz en la mano, un sujeto de no buena catadura. Era ya viejo, corto de talla, cargado de hombros y vestido de negro.

—Por aquí,—dijo con voz desagradable al recién llegado, sin alzar la enorme cabeza, y poniendo la palma de la mano entre la luz y su cara medio compungida y medio soñolienta.

El forastero le siguió á lo largo de un pasadizo, después de quitarse de la cabeza el casquete con que la había traído cubierta, para que no le molestara durante el viaje la capucha del impermeable.

Representaba el tantas veces mencionado personaje, sesenta años; y era alto y fornido, y muy calvo, con la barba entrecana, pero fuerte y espesa; tenía el cutis moreno, la mirada sagaz y penetrante, las facciones regulares y bien delineadas, y la expresión general de su

fisonomía era risueña, aunque á la manera volteriana.

Después de atravesar un espacioso salón, le introdujeron en un gabinete, á cuya puerta apareció un señor bastante entrado en edad, enjuto, con patilla casi blanca, corrida por debajo de la papada; un poco chato, tierno de ojos, largo de orejas, muy angosto de frente y recio de pelo. Hizo una exagerada reverencia al recién llegado, y le preguntó:

—¿Tengo el honor de saludar al ilustre doctor Peñarrubia, gloria de la ciencia?...

—Soy, en efecto, el doctor Peñarrubia, y muy servidor de usted,—respondió éste, con ánimo bien notorio de rechazar el sahumero que el otro quería darle.

El de los ojos tiernos le tendió la diestra, diciendo:

—Lesmes Torunda, facultativo titular del pueblo.

—Muy señor mío,—dijo el llamado Peñarrubia, estrechando la mano que se le tendía.

—¿Quiere usted—añadió don Lesmes,—descansar un ratito, ó hablar conmigo antes de?...

—Lo primero es lo primero—contestó el doctor.—Después me tomaré la libertad de pedir una cena y un lecho.

—A todo se proveerá, insigne doctor—repli-

có don Lesmes,—que encargado estoy de hacerlo así.

—Pues adelante entonces.

Y juntos atravesaron el gabinete. Alumbra-
ba á éste la luz de una bujía con pantalla, á
cuya sombra dormía una niña como de ocho ó
nueve años, apoyando la cabeza en sus brazos
entrelazados, y éstos en lo alto del respaldo de
la misma silla en que estaba sentada. Cogió don
Lesmes la bujía, después de quitada la pantalla,
y entró en la alcoba seguido de nuestro per-
sonaje, de quien ya sabemos que se apellidaba
Peñarrubia, y tenía por mote *Pateta*; y habrá
presumido el lector, por torpe que sea, que era
médico y que como tal era llamado á aquella
casa.

Pero de este asunto y de otros con él muy
enlazados, hablaremos en el capítulo siguiente.



II.

LA COMISIÓN DEL DOCTOR.

EL cuadro que alumbró la luz que in-
trodujo en la alcoba don Lesmes, era
poco risueño. He aquí sus figuras y
principales accesorios: un lecho re-
vuelto, y en él un cuerpo humano devorado por
la fiebre. El cuerpo era de mujer, y de mujer
de hermosas facciones, aunque, á la sazón, al-
teradas por el fuego de la calentura. Tenía la
cabeza en escorzo, con la boca en lo más alto
de él; y el óvalo gracioso de la cara recortába-
se en un fondo de enmarañadas guedejas de ca-
bellos grises, desparramados sobre la almoha-
da. Jadeaba la enferma; y las ropas del lecho
alzábanse y descendían al agitado compás de
una respiración fatigosa y sibilante, como si
al llegar el aire á los resecos labios atravesara
mallas de alambre caldeado.

Sentada junto á la cabecera de la cama, es-
taba una joven de cabellos rubios y cutis blan-